PQ 6512
.C6 A7
Copy 1

ACTO IV. ESCENA VI.

Condesa. Y Aliatar! Qué ha sido de Aliatar?

Adel. Señora! Señora! Vos no me habeis mirado á la cara!

ADEL EL ZEGRÍ,

drama original

EN CUATRO ACTOS

POR

DON GASPAR FERNANDO COLL.

MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

1838.

PQ6512
.C6A7

199181
'13

Al Sr. D. Gabriel Ignacio Coll,

dedica su primera composicion

su afectísimo sobrino

G. F. Coll.

PERSONAGES.

LA CONDESA DE VALMORADO.
DOÑA ISABEL.
LA ABADESA.
INES.
UNA RELIGIOSA.
ADEL.
DON GONZALO.
DON FERNANDO.
NUÑO.
MANRIQUE.
LOPE.
GERÓNIMO.
UN MENDIGO.
DOS CRIADOS.
MENDIGOS, CRIADOS, PUEBLO.

Granada: siglo XVII.

Este drama es propiedad de su editor, quien perseguirá ante la ley al que le reimprima; no pudiendo representarse sin adquirir el derecho de propiedad para ello.

Se hallará en Madrid en las librerías de *Escamilla* y *Cuesta*, donde se encuentra la Coleccion del Teatro moderno.

ACTO PRIMERO.

Plaza pública. A la derecha un palacio con puerta practicable. A su lado una reja y encima un balcon. A la izquierda varios edificios, y en ambos lados boca-calles.

ESCENA PRIMERA.

MANRIQUE. LOPE. NUÑO. ADEL. PUEBLO.

Los tres primeros en el proscenio. Adel escuchando con mucho misterio. El pueblo pasa de uno á otro lado.

Lope. Por vida de Santiago que mas parecemos anacoretas que militares. Dos meses hace ya que estamos en Granada, y aun no podemos contar ninguna aventura amorosa.

Nuño. En tí y en mí no es de estrañar, porque nunca hemos tenido grande aficion á ellas. Pero Manrique, que se muere por unos ojos negros...

Man. Manrique en este momento maldice su adversa suerte.

Nuño. Pues qué te ha sucedido?

Man. Poca cosa... nada...

Lope. Sepamos, sepamos.

Man. Prestadme atencion. Hará como unos quince dias que puse sitio á una fortaleza, y ya me preparaba á dar el asalto, cuando supe que un galan la defendia; y como á mí me gusta vencer sin pelear... emprendí una retirada honrosa.

Lope. Se puede saber quién es esa fortaleza?

Man. Y el galan tambien. Ella es doña Isabel de Valmorado, hija de la condesa del mismo título.

Lope. Y él?

Man. Él es... á que no lo adivinais?

Nuño. No es facil.

Man. (*Con misterio.*) Nuestro capitan.

Nuño. Oh! no puede ser. Cómo habia de consentir la condesa amores entre su hija y un aventurero?

Man. Buen cuidado habrá tenido la hija de ocultarlos á su madre. Estoy por asegurar que solo tú, Lope y yo, sabemos este secreto.

Adel. (*Presentándose.*) Asegurariais muy mal, porque vuestra imprudencia me lo ha revelado.

Lope. Y quién eres tú, que asi te atreves á mezclarte en conversaciones que no te importan?

Adel. Bien lo indican los andrajos que me cubren, un mendigo, y os pido una limosna por Dios.

Nuño. (*Dándole una moneda.*) Toma, y otra vez sé mas avisado.

Adel. La misma advertencia queria yo haceros en agradacimiento á vuestra generosidad, porque si don Gonzalo llega á saber que le llamais aventurero...

Nuño. Le llamaré aventurero, y aun bastardo, si me ocurre...; hasta en sus propios bigotes.

Man. Pues yo no haria tal, porque tengo muy presente que en cuantos lances se ha hallado, siempre ha salido victorioso.

Nuño. Yo sí, que no porque él tenga espada, deja de haber otras tan bien templadas como la suya.

Lope. (*Bajo á Nuño.*) Recuerda que no hace muchos dias te probó que su brazo era mas diestro que el tuyo. (*Movimiento de Nuño.*)

Adel. Ocasion mas oportuna no se os puede presentar. Alli viene.

(*Doña Isabel, acompañada de Ines y seguida de Gerónimo, atraviesa el teatro desde el último bastidor de la izquierda hasta entrar en su palacio. Don*

Gonzalo la sigue á alguna distancia, y ella vuelve la cara con interes. Adel, al divisar la comitiva, se habrá colocado en la puerta del palacio.)

Lope. Viene siguiendo á aquella tapada.

Man. Es doña Isabel; mi corazon me lo dice... Sí, ella es!

ESCENA II.

DICHOS. DOÑA ISABEL. INES. GERÓNIMO. DON GONZALO.

En este intermedio don Gonzalo se habrá acercado á sus compañeros, observando siempre á doña Isabel, á quien rodean algunos mendigos alargándole la mano en ademan de pedir limosna: ella se levanta el velo y habla á Gerónimo: este los socorre.

Lope. (*A don Gonzalo.*) Hola! Capitan! muy ocupado andais á lo que parece.

Gon. (*Distraido.*) No... vengo de la catedral, donde se ha celebrado hoy el aniversario de la entrada de los reyes católicos en esta ciudad; y por cierto que estrañé no veros alli.

Man. Hemos preferido quedarnos en este sitio, para ver desfilar á todas las hermosuras de Granada.

Nuño. De cuantas hemos visto ninguna me parece tan bella como doña Isabel de Valmorado; miradla, capitan.

Gon. Sí... en efecto...

Man. Feliz el que llegue á poseer tal tesoro.

Nuño. Oh! ese tesoro ya tiene dueño!

Gon. (*Con voz terrible.*) Estais seguro de lo que decis?

Nuño. Nadie lo sabe mejor que vos.

Lope. (*Bajo á Nuño.*) Nuño!

(*Doña Isabel ha llegado ya á la puerta de su casa en medio de mil muestras de gratitud de los mendigos.*)

Adel. (*Dando un paso.*) Hermosa señora, socorred si os place á un anciano que os colmará de bendiciones.

Isabel. Gerónimo, da alguna cosa á ese desgraciado.

(*Entra con Ines en el palacio: Gerónimo se prepara á ejecutar las órdenes de su señora, y al ver á Adel se queda inmóvil, y este permanece con la mano tendida.*)

Adel. Obedece las órdenes de tu ama.

Gerón. (*Con voz apenas inteligible.*) Socorro, socorro, Dios mio! Adel el Zegrí en Granada! Ese renegado ha sido siempre el angel malo de la casa de Valmorado, el precursor de todas sus desgracias; y no ha acontecido en ella muerte alguna, sin que su figura, vagando por estos alrededores, no la haya anunciado. Por qué no se le tragará el infierno que le ha abortado!

(*Haciéndose la señal de la cruz entra en el palacio, cuya puerta cierra con violencia. Los mendigos se retiran horrorizados, murmullando sordamente.*)

Men. (*Deteniendo á los demas.*) Amigos, esta es la ocasion de manifestar nuestro agradecimiento á la señora condesa, que con mano pródiga atiende á nuestras necesidades. Ya habeis oido á su mayordomo... defendámosla de sus enemigos... muera el infiel...

Todos. Sí, que muera!

(*Se agrupan, y con los palos levantados atacan al moro. Don Gonzalo saca la espada, coge á Adel de un brazo, y se interpone entre él y los mendigos.*)

Gon. Fuera, canalla! y respetad mi espada, ya que no respetais las canas de un viejo... fuera os digo...

(*Los mendigos se retiran. Don Gonzalo envaina la espada.*

Adel. (*Sonriéndose amargamente y dirigiéndose á los oficiales.*) Hace poco, nobles caballeros, que queriais saber quién era yo: ya no teneis necesidad de

preguntármelo. Me llamo Adel el Zegrí, y estoy de vuelta en Granada: en Granada, donde reinaron mis abuelos, y donde yo mendigo. Sí, soy el último vástago de aquella Tribu que escribió su nombre en las paredes de la Alhambra con la sangre de los Abencerrajes, y ahora se me niega una limosna en este palacio que me vió nacer. Se me acusa como precursor de cuantas desgracias en él han sucedido, porque me han visto vagar por sus inmediaciones hace dos años, cuando al pie de esa reja se encontró asesinado al conde; porque me han visto vagar por sus inmediaciones hace un año, cuando se encontró en el umbral de esa puerta á su heredero cosido á puñaladas: como si no quedáran todavía sepulcros vacíos en las bóvedas de la catedral. (*Se aleja lentamente.*)

Gon. Aguarda, Adel, tengo que hablarte. (*Adel se pára: á los oficiales.*) Señores, id á reunir la compañía, y que esté pronta para marchar de un momento á otro.

Man. Para marchar?

Gon. Asi lo ha dispuesto el gobernador.

Lope. No os ha dicho para qué punto?

Gon. Solo me ha prevenido que fuera esta noche á recibir sus órdenes. Ya poco podemos tardar en saberlo. Con que á Dios. (*Los tres oficiales saludan y se marchan.*)

Man. (*Reparando en Adel, á Nuño.*) Por Dios santo que si no viera por mis propios ojos que ese hombre es de carne y hueso como yo, le creería algun moro encantado, que por sus muchos crímenes estaba condenado á sobrevivir él solo á una nacion muerta.

Nuño. En verdad que se nota en él cierto no sé qué de estraño y sobrenatural... Pero qué nos importa?

Man. Tienes razon. Vamos. (*Se van.*)

ESCENA III.

ADEL. DON GONZALO.

Gon. (*Despues de haberse asegurado que está solo con el moro.*) Adel...! no me contestas? He perdido acaso tu amistad.

Adel. (*Saliendo de su meditacion y acercándose con pausado paso.*) Acabais de salvarme la vida, y habeis dispertado el agradecimiento en mi alma; sensacion que ha tenido en ella adormecida por espacio de veinte años la perversidad del hombre. Estaba considerando que quizás algun dia se convierta en amargura la felicidad que ahora esperimento.

Gon. Disculpo tu lenguaje, como hijo de los pesares que arrugan tu frente y llenan de odio tu corazon, cuya causa no has querido confiar nunca á un amigo que tal vez hubiera podido aliviarlos. Pero defendiéndote contra esa canalla, no he hecho mas que satisfacer en parte la deuda que contigo contraje, cuando en otra ocasion separaste el puñal homicida que amagaba mis dias. Bien sabes que si no he mejorado tu situacion, cuidando de tu alimento y procurándote mejores vestidos, ha sido porque siempre has rehusado todos mis dones con la mayor obstinacion.

Adel. Si mi suerte ha de mejorarse algun dia, no ha de ser con los dones de mis amigos, sino con los despojos de mis enemigos. En cuanto á haberos salvado la vida, solo hice lo que cualquiera otro hubiera hecho en mi lugar... Para qué, pues, recordar tan corto beneficio?

Gon. Porque yo, que hasta entonces habia vivido aislado, sin padres, sin amigos, encontré al menos un hombre que tomaba por mi suerte algun interes.

Adel. (*Tomándole una mano con calor.*) Es cierto; por qué negarlo? Desde el momento en que os vi, me sentí arrastrado hácia vos por un instinto fuerte, irresistible, que me hizo quebrantar el juramento que habia hecho de profesar odio eterno á los hombres... Y que mucho...! si á vuestro carácter noble y franco reuníais una fisonomía, que era el vivo retrato de mi Zelmira... Desgraciada! (*Pausa.*) Á no estar cierto de que todos mis hijos han muerto, tal vez os tendria por uno de ellos.

Gon. Y yo daria la mitad de mi existencia por poder decir, este es mi padre, aunque hubiese de hallarle en la clase mas humilde... Yo, que solo sé que le he tenido porque existo, y que ya he perdido la esperanza de conocerle, aunque conservo en el brazo izquierdo una señal que sin duda se me hizo con tal objeto.

Adel. (*Estremeciéndose.*) Una señal en el brazo izquierdo!

Gon. Una cruz hecha á fuego.

Adel. (*En la mayor turbacion.*) Una cruz hecha á fuego...! (*Procurando dominarse de pronto.*) Y dónde, quién os ha criado?

Gon. Una pobre muger, que habitaba una cabaña al pie de las Alpujarras, cuidó de mi infancia con el esmero y cariño que puede hacerlo la mas tierna madre.

Adel. (*Pasando la mano por el puño de su puñal.*) (Ciertas son mis sospechas.) Y cómo la habeis abandonado?

Gon. Abandonarla...! nunca... Era yo todavía muy niño cuando la muerte la arrancó de mi lado; y viéndome solo y sin humano recurso, me fue preciso implorar la compasion de mis semejantes para sostener mi existencia. En este estado seguí hasta los diez y seis años, en que conocí que no habia nacido para mendigar.

Adel. (¡Tampoco era ese mi destino!)

Gon. Pero volvia la vista á mi alrededor, y ningun porvenir brillante divisaba; por fin, me alisté en unos tercios que se formaban, y con ellos marché á Flandes. Allí me sonrió la fortuna, y en poco tiempo llegué al grado de capitan. Regresé luego á España con mi compañía, y entonces fue cuando conocí y cuando amé á Isabel. Lo que despues ha sucedido no lo ignoras, pues apenas me has perdido de vista, y algunas veces me has guiado con tus consejos.

Adel. Que no siempre habeis seguido.

Gon. Querias un imposible, que olvidase á Isabel.

Adel. Conozco que he hecho mal. Debeis atribuirlo á que con la edad se ha acabado en mí hasta la idea de una pasion amorosa, y no podia comprender el ardor de la vuestra. Pero advirtiendo que toda contrariedad sería ya inútil, no trataré de sofocar ese amor que forma vuestra delicia.

Gon. Pues bien, tengo que encargarte...

Adel. Decid.

Gon. Ya has oido que mañana debo salir de Granada con mi compañía, tal vez para no volver. Si asi fuese perderia para siempre á Isabel; y para mí perder á Isabel es perder la vida.

Adel. Y qué habeis resuelto?

Gon. Desaparecer con ella esta misma noche.

Adel. Y teneis su consentimiento?

Gon. Cuento con él.

Adel. En ese caso solo falta comunicarle vuestro proyecto.

Gon. Tú te encargarás de hacerlo, dando á esta carta la direccion que has dado á las anteriores.

Adel. Dentro de muy poco tiempo estará en su poder.

Gon. Me he detenido mas de lo que debia; voy á casa del gobernador á recibir sus órdenes, á fin de no dispertar ninguna sospecha. Harás con toda eficacia el encargo que te he dado?

Adel. Podeis estar tranquilo.

Gon. Eres mi angel... Á Dios.
Adel. (Ó tu demonio.)
(*Vase don Gonzalo.*)

ESCENA IV.

ADEL. (*Se queda un momento pensativo.*)

No hay duda, es el hijo de la condesa; el mismo que yo arrebaté de los brazos de su familia, y cuya muerte se cree indudable. Esa cruz que tiene en el brazo izquierdo, yo se la hice con este puñal para conocerle en todo tiempo, pues entonces no sé si fue el cielo ó el infierno el que detuvo mi brazo cuando le tenia levantado para herirle; y ahora me alegro de no haber consumado el sacrificio, porque será el instrumento de mi venganza. Ah! conde de Valmorado, ya llegó mi vez; ya tengo reunida á toda tu familia, y no estaré contento hasta ver que las lágrimas han cegado sus ojos, y el dolor secado su corazon; como á tí, pudiera anonadarlos de una puñalada, pero una muerte no espía mas que un crimen, y son muchos los que aun quedan que espiar... Ah! cuánto siento no haberme podido dominar, cuánto siento que no vivas para volverte odio por odio, pena por pena... Qué diversidad de ideas se le ocurren al que medita una venganza hasta que la satisface! En este momento se remonta mi imaginacion hasta mis abuelos, recuerdo sus hazañas, su esplendor, toda mi vida pasada, todas mis alegrías, todas mis penas! Mi infancia, mis amores, mis hijos, mis hijos...! Si al menos me quedase uno podria conservar la vida á Gonzalo en cambio de la suya. Me siento tan fuertemente inclinado hácia él, esperimento un placer tan dulce siempre que le oigo, y una inquietud tan grande cuando no le veo! Yo mismo no puedo descifrar

este enigma, y no sé qué partido tomar... Entregaré esta carta, y luego lo reflexionaré.

(*Se dirige al palacio de Valmorado y se detiene al pie de la reja; da tres palmadas. Momento de silencio, durante el cual atraviesa el teatro un caballero lujosamente vestido, que se encamina igualmente al palacio, y al llegar á la puerta levanta el aldabon para llamar, al tiempo que Adel repite las tres palmadas.*)

ESCENA V.

DON FERNANDO. ADEL. INES. (*El primero en la puerta, el segundo al pie de la reja, y la tercera á la ventana.*)

Fer. (Es una seña; escuchemos.)
Ines. Sois vos?
Adel. No me conoceis?
Ines. Está tan oscura la noche! decid pronto, qué quereis?
Adel. Tomad esta carta para vuestra señora.
Ines. No sé si debo...
Adel. Será la última.
Ines. De veras?
Adel. Os lo prometo.

(*Don Fernando se va acercando con mucha precaucion.*)

Ines. Escuchad... me pareció sentir pisadas.

(*Don Fernando se para un momento, y luego sigue acercándose.*)

Adel. No es nada; tranquilizaos, y alargad la mano.
Ines. En verdad... yo no sé...
Adel. Vamos, que me canso de esperar.

(*Ines saca el brazo por la reja y toma la carta. Adel se retira. Don Fernando coge de pronto el brazo de Ines y le quita la carta. Ines da un grito y se retira de la ventana, cerrándola con estrépito.*)

ESCENA VI.

DON FERNANDO. GERÓNIMO.

Don Fernando llama á la puerta del palacio.

Gerón. (*Abriendo la puerta principal, sumamente asustado, y con una linterna en la mano.*) Quién va? qué ruido es ese? Ah! Sois vos? qué os ha sudido? estais tan pálido...! No sé por qué salis solo á estas horas; hay tantos vagamundos en Granada! y esto inquieta á la señora condesa.

Fer. Acerca la luz. (*Con rabia reconcentrada rompe el sobre de la carta, y lee.*) "Querida Isabel, llegó el momento en que me has de dar la prueba mas fuerte de tu amor, y en el que libres los dos, y vencidos los obstáculos que á nuestra union se oponen, te pueda llamar mia. El vecino reino de Francia nos dará asilo, y creo demasiado en tus promesas y juramentos, para dudar de que cumplirás los que me has hecho de seguirme á todas partes. Ya lo tengo todo dispuesto, y esta noche á las doce estaré al pie de tu balcon." (Oh rabia!)

Gerón. La noche está muy fria; por qué no os retirais?

Fer. (No trae firma!)

Gerón. Creo que la señora condesa no se ha acostado aun, y se alegraría mucho si fuéseis á darla las buenas noches... Os ama tanto! Y no es estraño, como que sois el único hijo que la queda, y el único heredero de la casa de Valmorado. Ay de mí, los demas estan todos en el cielo!

(*Don Fernando se queda un momento pensativo, luego saca una cartera, y afectando estar tranquilo escribe en una hoja.*)

Fer. (*Dándole el papel.*) Toma, Gerónimo; si maña-

na á las ocho no me he retirado, entregarás este billete á mi madre. Á Dios.

Gerón. (*Asustado.*) Pues qué no entrais en el palacio?

Fer. Todavía no: un negocio indispensable...

Gerón. Permitidme al menos que os acompañe.

Fer. No; retírate, y no digas á nadie que me has visto hasta mañana por la mañana. Va en ello el honor de una dama, entiendes?

Gerón. Andad con cuidado, señor! andad con cuidado; esta noche he visto vagar por estos alrededores á Adel, ese condenado moro.

Fer. No soy supersticioso; retírate, y sobre todo silencio; me lo prometes, no es verdad? Á Dios! á Dios!

(*Gerónimo entra en el palacio y cierra la puerta.*)

ESCENA VII.

DON FERNANDO.

Quién será ese miserable? Sembrar impunemente el deshonor en las familias...! Ahora sabré si es tan diestro en manejar una espada como en seducir una doncella! (*Se coloca debajo del balcon.—Dan las doce.*) Las doce... cuánto tarda!

ESCENA VIII.

DON FERNANDO. DON GONZALO.

(*Don Gonzalo aparece embozado.*)

Fer. Me parece que oigo pasos... no me engaño... Él es.

(*Saca la espada y va al encuentro de don Gonzalo: éste al verle saca la suya, y sigue andando.*)

ACTO SEGUNDO.

La habitacion de doña Isabel. Puerta en el foro, que es la de entrada, y á la izquierda otra, que es la de un gabinete. A la derecha un balcon. En un ángulo cama con colgaduras. Ricos muebles. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ISABEL *sentada al lado de una mesa.* INES *entra por el foro con mucho misterio.*

Isabel. (*Al ruido se vuelve.*) Ah! eres tú, Ines!

Ines. Señora! Ya levantada, y aun no ha amanecido?

Isabel. He pasado toda la noche en vela leyendo y releyendo las cartas de mi Gonzalo. En este mismo instante me habia reconciliado con el sueño... Si supieras el daño que me has hecho... soñababa con él, y era tan feliz...!

Ines. Plegue al cielo que él no sea desgraciado!

Isabel. Desgraciado! (*Sonriéndose.*) Y por qué? No le aprecian cuantos le conocen? Es tan amable, tan noble, tan generoso...

Ines. Sí, pero...

Isabel. Qué!

Ines. Señora, perdonadme... yo no tengo la culpa... pero esta noche una mano desconocida...

Isabel. Acaba!

Ines. Me arrancó en la reja un billete que su mensagero me habia entregado.

Isabel. (*Levantándose en medio de la mayor turbacion.*) Soy perdida!

Ines. (*Sobresaltada.*) Escuchad...! No suena ruido al pie de este balcon...? Hace un momento que oí el choque de dos aceros, luego me pareció percibir el postrer suspiro de un moribundo, y ahora... voy á ver si diviso algo. (*Abre el balcon y se asoma.*)

Isabel. Quién se habrá apoderado de ese billete...? Si mi madre llega á saber...

(*Ines se retira del balcon dejándole abierto.*)

Ines. Todo está en silencio, me habré engañado. Pero si yo me hallara en vuestro lugar, creeria que esta aventura era un aviso del cielo, y no volveria á ver al capitan. Qué podeis esperar de un hombre que no cuenta otros títulos de nobleza ni otros bienes de fortuna que su espada y su arrogante presencia. Y luego, yo pienso del mismo modo que mi tio Gerónimo. Ese maldito moro me parece el precursor de cuantas desgracias suceden en esta casa, y el haberle elegido don Gonzalo por su mensagero... Creedme, señora, renunciad al capitan y olvidadle.

Isabel. Que le olvide! Sabes lo que dices? podré yo olvidar nunca al que ha sido creado para mí, para mí sola, para hacer mi felicidad? (*Pausa.*) Cuando le vi por la vez primera, un súbito rubor coloreó mis megillas, mi sangre se agitó en mis venas, y todos los objetos que veía, todos los sentimientos que esperimentaba me decian en secreto: "Él es;" y mi corazon arrastrado por una simpatía estraña repitió: "Él es." Esta palabra retumbaba como un grito de alegría en toda la creacion. En aquella época, en aquel instante apareció para mí la aurora de la vida, mi alma esperimentó mil sensaciones desconocidas á cual mas agradables, y pasé del mundo real al mundo ideal.

Ines. Pero señora...

Isabel. Sí: Gonzalo ocupa todos mis pensamientos. Solo por él late mi corazon, solo á él veo, solo á él oigo: todos los deseos de mi alma, todas las b-

llezas de la naturaleza estan concentradas en su persona.

(*Se oye ruido.*)

Ines. No oís, señora?

Isabel. Qué ruido es ese?

(*Se abre una puerta secreta, y aparece don Gonzalo.*)

ESCENA II.

DOÑA ISABEL. DON GONZALO. INES.

Isabel. Gonzalo!

Gon. (*Se acerca á Isabel, y la puerta se cierra de golpe.*) No te sorprenda, Isabel, verme en este sitio.

Isabel. Pero cómo has llegado hasta aqui?

Gon. Por una puerta secreta que comunica con los subterráneos de este palacio, y que Adel conoce perfectamente, como todas las que hay en él.

Ines. (Siempre Adel.)

Gon. Esta misma mañana debo salir de Granada, y antes de separarme de tí...

Isabel. (*Asustada le toma la mano.*) Separarte de mí... Dudas acaso de mi amor...? Mi corazon es el de ayer, el de hoy, siempre el mismo, siempre tuyo.

Gon. Lo sé, y este es mi mayor tormento.

Isabel. Ha descubierto mi madre nuestras relaciones? Está en su poder el billete que anoche me escribiste?

Gon. (*Con frialdad.*) Aqui le tienes.

(*Saca un papel arrugado y se lo enseña: doña Isabel al verle hace un movimiento de sorpresa y alegria.*)

Isabel. Ines, nos hemos salvado: qué felicidad! (*A don Gonzalo.*) Pero tú no participas de mi alegría?

Gon. (*Procurando dominarse.*) Cómo no, si me hallo á tu lado.

Isabel. No, no estás tranquilo. Yo leo en tu alma como en las cristalinas aguas del Genil, y conozco que algun pesar te aflige. Dime, qué tienes?

(*Pausa.*)

Gon. (Qué le diré?) (*Formando una resolucion de pronto.*) Mira, Isabel, cuando considero la distancia que nos separa...! tu nacimiento, mi origen...

Isabel. Y qué me importa tu origen...? Ah! Si tu corazon fuera como el mio, si el mismo amor le inflamara, encontraria en él cabida semejante idea? Poseerte es mi única ambicion; y cuando estoy á tu lado, las facultades de mi alma se concentran todas en mis ojos para mirarte. Avergüénzate de tus temores.

Gon. (*Animándose poco á poco.*) Me avergonzaria si pudieran ser infundados; y no eres tú la que me los causa, no; tu madre...

Isabel. Mi madre!

Gon. Nos separará si llega á saber que su hija ama á un hombre que no conoce sus padres; y luego...

Isabel. Separarnos has dicho...? Romper mi madre el pacto que une nuestros corazones...? No, no es posible... Y por qué esto? Porque soy noble...? Los derechos de la naturaleza son mas antiguos que mis títulos de nobleza. (*Va amaneciendo.*)

Gon. En vano intentas deslumbrarme con tan risueña perspectiva. Las desgracias que desde mi infancia he sufrido me han amaestrado en la esperiencia y me hacen prever un porvenir funesto. Ademas que el honor, las preocupaciones, que es preciso respetar, mi nulidad, el orgullo de tu madre...

Isabel. Pues bien, Gonzalo, yo me arrastraré á sus pies, y la diré: "Madre querida, amo al hombre mas perfecto que ha salido de manos del Creador. No le han legado sus abuelos un nombre ilustre que conquistaran con sus espadas, pero posee la nobleza del alma, ante la que se humilla la del nacimiento....: dádmele por esposo... Y si es preciso,

unirá mi hermano sus súplicas á las mias, y estoy segura que conseguiré cuanto pida, porque á mi hermano nada le niega mi madre.

Gon. (Su hermano!) Isabel, di que me amarás siempre, y que nunca me maldecirás: esto me basta. Debo renunciar á tí en este mudo.

Isabel. Gonzalo!

Gon. Nada me preguntes. Ya amaneció, y no puedo detenerme por mas tiempo. A Dios, Isabel, á Dios... Dame á besar tu mano; es cuanto puedo exigir de tí. (*Pausa.*)

Isabel. (*Con resolucion.*) No marcharás solo: tu esposa te acompañará.

Gon. (Oh suerte! estar colocado entre la felicidad y la desesperacion, y tener que renunciar á aquella para entregarme en los brazos de esta!) Isabel, este billete debia unirnos, y nos separa. Un muro de sangre se ha levantado entre los dos. Yo no puedo ser tu esposo: la causa no me la preguntes: demasiado pronto lo sabrás, por mi mal.

(*Óyese ruido de una puerta.*)

Ines. Señora, señora, vuestra madre.

Gon. A Dios, Isabel. (*Gonzalo va á la puerta secreta.*)

Isabel. Gonzalo, no me abandones! (*Gonzalo forcejea en la puerta.*)

Gon. La puerta se ha cerrado, y no encuentro el resorte.

Isabel. Habrá mas desventura!

Gon. Qué hacer?

Ines. Ya está cerca, se sienten distintamente sus pasos.

Gon. (*Corriendo al balcon.*) Este balcon... Imposible...! está muy alto.

Ines. Entraos en ese gabinete. (*Don Gonzalo entra en él.*) Tranquilizaos, señora; vuestra madre va á llegar... por Dios que no note tanta turbacion.

ESCENA III.

DOÑA ISABEL. LA CONDESA. INES.

Con. Mucho has madrugado, hija mia.

Ines. (*Viendo que doña Isabel no contesta.*) Se ha levantado tan de mañana para cumplir una penitencia de su confesor.

Con. (*Con sequedad.*) Hablo á doña Isabel de Valmorado. Retírate.

(*Ines se retira, llevándose las bujías.*)

ESCENA IV.

DOÑA ISABEL. LA CONDESA.

Despues de asegurarse la condesa que han quedado solas se sienta.

Con. Acerca una silla y siéntate á mi lado. (*Doña Isabel la obedece.*) Hija mia, vengo á pedirte un favor.

Isabel. Un favor á mí! no sois mi madre?

Con. Pero antes es preciso que me oigas sin interrumpirme. Hubo una época en que me sonrió la fortuna. Unida á un hombre para quien eran leyes mis menores deseos, pues no conocia mas voluntad que la mia, ignoraba yo hasta la existencia de los pesares que pueden afligir el corazon humano. Ay de mí! Cansado el cielo de tanta dicha, me arrebató á tu padre, á quien se encontró asesinado á las puertas de su propio palacio; el heredero de su nombre siguió la misma suerte.

Isabel. Madre mia! (*Pausa.*)

Con. No perdoné medio para descubrir á sus asesinos, prodigué el oro, las súplicas, las amenazas... todo fue en vano... Viendo que no podia remediar mi

desgracia, me acordé que me quedaban aun dos hijos, tú y tu hermano Fernando, y si vuestro cariño no ha sído suficiente para borrar de mi alma los tormentos que la despedazan, los ha cubierto algunas veces con un velo. Yo por mi parte he procurado siempre vuestra felicidad, vuestro bienestar, y ahora vengo á darte una prueba de ello. Antes dime, quieres mucho á tu hermano? Renunciarias por él á lo que mas en estima tienes en este mundo?

Isabel. A todo, escepto á vos.

Con. No esperaba menos de tí, y tú sola puedes volver al nombre de nuestra familia su antiguo esplendor. El duque de Lerma me ha ofrecido para Fernando la mano de su sobrina y un destino elevado en la corte, pero con la condicion precisa de que hayas de renunciar al título que heredaste de tu tio, cediéndolo á beneficio de tu hermano y retirándote á un convento. Conozco los derechos que sobre tí tengo, pero no quiero hacer uso de ellos, y sí que solo á tu condescendencia deba tu hermano la suerte que se le proporciona. Consientes en consagrarte al Señor? (*Doña Isabel nada contesta y se echa á llorar.*) No llores, hija mia, no llores. (*La abraza.*) No es mi ánimo afligirte, y tu hermano tampoco quiere comprar su felicidad á costa de la tuya... Tranquilízate. No llores mas. Vamos al cuarto de Fernando: es muy justo que seas tú la primera en felicitarle el dia de su cumple años, cuando él ha renunciado á una gran fortuna por no hacerte desgraciada.

Isabel. (*Abrazando á su madre.*) Sí, madre mia, vamos.

(*Se disponen á salir y se detienen al oir fuera un murmullo que aumenta por momentos.*)

Con. Qué ruido será ese...? Quién puede ocasionarlo á esta hora? (*Gerónimo aparece á la puerta del foro, y al ver á la condesa, se vuelve hácia fuera.*)

Gerón. Aqui no! aqui no! llevadle á otra parte.

Con. A qué viene esa turbacion, Gerónimo? qué sucede?

ESCENA V.

DOÑA ISAEL. LA CONDESA. ADEL. GERÓNIMO. INES.

Varios criados traen el cadáver del conde y le colocan en la cama de modo que el espectador no le vea; otros traen preso á Adel.

Gerón. (*Señalando al cadáver.*) Miradlo!

Isabel. Mi hermano!

Con. Mi hijo!

Isabel. (*Precipitándose sobre el cadáver.*) Herido!

Gerón. Muerto!

Isabel. Muerto!

Con. Muerto!

(*La condesa permanece impasible considerando el cadáver de su hijo: doña Isabel espresa su dolor besando la mano de su hermano y bañándola con sus lágrimas.*)

Gerón. Señora condesa, aqui está el asesino de vuestro hijo, mi amo y señor.

(*Todos dirigen al moro una mirada de amenaza.*)

Con. (*Saliendo de su estupor.*) Quién es?

Gerón. (*Señalando á Adel.*) Ese miserable.

Adel. Te engañas; yo no he asesinado al conde de Valmorado.

Criado 2.º Sí, tú has sido.

Criado 1.º Quién podia ser sino Adel el moro, Adel el réprobo?

Gerón. (*A la condesa.*) Sí señora, él ha sido, y sin duda por robarle.

Adel. (*Con altivez.*) Miserable... repito que yo no he asesinado al conde de Valmorado.

Gerón. Sí señora; él ha sido el que arrastraba

el cadáver para arrrojarle al rio.

Adel. (*Con frialdad.*) Estaba tendido en medio de la calle, y queria darle sepultura. (*A la condesa.*) Señora, si quereis convenceros de mi inocencia, pedid á ese hombre (*Señala á Gerónimo.*) una carta que tiene para vos de vuestro hijo.

Con. Es verdad, Gerónimo?

Gerón. Sí señora...; me habia olvidado... anoche me la dió con orden de entregárosla, si antes de las ocho no se hubiese retirado. (*Se la da á la condesa.*)

Con. Es su letra! (*A medida que la va leyendo aumenta su turbacion, y concluida la lectura se precipita sobre el cadáver de su hijo.*) Hijo mio! Fernando! Fernando...! mi hijo muerto...! (*Cae en una especie de enagenamiento.*)

Ines. (*Acercándose á doña Isabel.*) Señora!

Isabel. Ines!

Ines. Aprovechemos esta ocasion para separar á vuestra madre de esta escena de dolor.

(*Las dos cogen á la condesa, que se deja llevar sin oponer resistencia; pero al estar al lado de la puerta se les escapa haciendo un esfuerzo violento.*)

Con. Adónde me llevais...? (*Viendo al moro.*) Soltad á ese mendigo; es inocente... (*Todos se apartan para dejar pasar á Adel, y hacen un gesto amenazador. Este se marcha.*) Salid todos! (*Doña Isabel va á marcharse, y la condesa la detiene agarrándola por el brazo.*) Quédate...! Quiero hablarte... (*Doña Isabel horrorizada dirige una mirada á la cama.*) Sí... aqui! Tú, Ines, espérame en mi habitacion. (*Vánse todos.*)

Isabel. (*Mirando al gabinete.*) (Gonzalo! ya conozco tu secreto!)

ESCENA VI.

DOÑA ISABEL. LA CONDESA.

Con. (*A doña Isabel, cogiéndola por el brazo con violencia.*) Arrodíllate! arrodíllate...! (*Doña Isabel se arrodilla.*) Lee ese papel.

Isabel. Perdon! perdon!

Con. (*Con voz terrible.*) Lee.

Isabel. (*Leyendo.*) "Madre mia..., he muerto en desafío para vengar el honor de vuestra casa..."

Con. Prosigue!

Isabel. (*Leyendo.*) "Y á manos del seductor de...

Con. Acaba.

Isabel. No tengo bastante valor.

Con. Obedece.

Isabel. "Y á manos del seductor de mi... hermana." (*Se la cae la carta de las manos, y con ella se tapa la cara.*) Yo... Madre...

Con. Calla! calla! (*Recoge la carta y acaba de leerla con mucha emocion.*) "Rogad á Dios por mí, madre querida, y acordaos alguna vez de vuestro respetuoso hijo!=Fernando!"=Isabel, el nombre del asesino. (*Doña Isabel guarda profundo silencio.*) Isabel, quiero saber el nombre de ese miserable que me ha quitado vida y honra, para entregarle al verdugo. (*Doña Isabel se arroja á los pies de su madre, y la dirige una mirada suplicante. La condesa la rechaza.*) Te obstinas en callar? Elige entre mi maldicion y tu silencio.

Isabel. Piedad! piedad!

Con. Búscala en el cielo.

Isabel. Soy inocente!

Con. Eres inocente! cuando tu crimen está escrito sobre esa pálida frente con caractéres de sangre?

Isabel. (*Horrorizada.*) Yo... yo... (Gonzalo!)

Con. Elige!

Isabel. La muerte!

Con. Bien. Aqui te quedas con este cadáver. A tu lado estará cuando mueras, y su imagen al lado del Eterno cuando te juzgue. (*Vase por la puerta del foro, la cierra, y se oye correr el cerrojo.*)

Isabel. (*Con desesperacion va á la puerta y la empuja.*) Madre mia! madre mia...! (*Como si le hubiese ocurrido de pronto una idea, se dirige á la puerta del gabinete.*) Gonzalo...! Gonzalo! (*Entra en el gabinete, y sale en seguida.*) La ventana que da al jardin está abierta y ha desaparecido...! Creador y criaturas, todos me a... ban... do... nan! (*Cae desmayada.*)

ACTO TERCERO.

El locutorio de un convento. En el foro una reja. Á la derecha puerta de entrada; otra á la izquierda que comunica con lo interior del convento.

ESCENA PRIMERA.

LA CONDESA. LA ABADESA.

Con. Nada habeis conseguido...? Se obstina aun en guardar el secreto que causa su infelicidad, y que llena de amargura mis cansados dias?

Aba. Inútiles han sido todos mis esfuerzos... He empleado la súplica, le he ponderado la austeridad de la vida religiosa, el encanto de los placeres y goces de ese mundo, que aun puede recobrar si pronuncia una sola palabra. "Que es inocente, que se la sacrifica," es la única contestacion que de ella he obtenido.

Con. Inocente! Inocente!

Aba. Podríais dudarlo, señora condesa...? Un año hará mañana que por orden vuestra fue conducida á esta santa casa, y en tan corto espacio he tenido sobrado tiempo para conocer que su alma es pura como un angel del Señor.

Con. Tambien lo creía yo asi, y me engañó, y me desobedeció.

Aba. El amor es tan poderoso, que muchas veces hace desconocer á las hijas la autoridad de las madres.

Con. Pero la autoridad de las madres es tan sagrada, que las hijas deben sacrificar á ella su amor; y

la mia ha olvidado hasta tal punto sus deberes, que ya no reconozco en ella mas que una criminal que debe someterse á la sentencia de su juez.

Aba. Meditad bien esa sentencia antes de pronunciarla; tal vez algun dia os arrepentiríais de haber procedido con demasiada severidad. El dolor que os aqueja os hace ver crímenes donde solo hay virtudes; y vuestra desesperacion no tendria límites si, despues de haber sacrificado á vuestra hija, llegáseis á saber que la virtud habia sido siempre el móvil de todas sus acciones. — Puede que os sorprenda mi lenguaje, y que os parezca impropio en una esposa del Señor; pero no le estrañareis cuando os diga, que por una fatal sospecha, igual á la que pesa hoy sobre doña Isabel, me encuentro en este sitio vistiendo el tosco sayal. Como ella fuí hermosa, y como ella habia nacido para brillar en el mundo. Heredera de una de las primeras familias del reino, me enamoré de un hombre en quien fue menos pródiga la suerte que la naturaleza. Por espacio de ocho meses fue nuestro amor un secreto, que solo Dios y nosotros conocíamos. Pero mi padre sorprendió un dia á mi amante á mis pies, y la noche de aquel mismo dia, las puertas de este monasterio me separaron para siempre del mundo. Era inocente, y fuí castigada como criminal. Quince años han transcurrido desde aquella época, quince años de tormentos y de dolores, que, unidos al silencio del claustro, á la oracion y al silicio, no han sido bastantes á borrar de mi imaginacion á mi amante, cuya existencia ignoro. Su imagen me persigue por todas partes; cuando el sueño viene á cerrar mis párpados se presenta á mis miradas; en medio del silencio de la noche se aparece en mis sueños, se ofrece á mis ojos cuando se abren á la luz del dia, y hasta se desliza su nombre por mis labios cuando imploro misericordia del cielo. Tal es mi

estado, señora, tal será el de doña Isabel.

Con. Es mia la culpa...? No ha sacrificado ella mi cariño maternal al amor impuro de un hombre que la ha marchitado?

Aba. No, señora condesa; vuestra hija no ha sido un momento indigna de teneros por madre. Mil veces la he oido en sus oraciones, y cuando se habla con el Señor, se habla siempre la verdad. "Vos, Dios mio, decia, vos, que sois testigo de mi inocencia..." Ois? de mi inocencia... "Enterneced el corazon de mi madre, de mi madre querida..." Veo que las lágrimas se asoman á vuestros ojos... Ah! no aumenteis el número de desgraciadas que gimen ya dentro del recinto de estas lóbregas paredes... Os ama tanto vuestra hija...! Y luego es la única que el cielo os ha conservado para consuelo de vuestras aflicciones... Si la sacrificáseis...

Con. Y la sangre de su hermano, que pide venganza...! Decidle que aqui la espero.

Aba. Sereis inexorable...?

Con. (*Con frialdad.*) Si ella lo es...

Aba. (*Marchándose.*) (¡Otra víctima!)

(*Vase por la izquierda.*)

ESCENA II.

LA CONDESA.

Por qué habré escuchado á esa muger...? Es el cielo ó el infierno que me ha hablado por su boca...? Mi hija sacrificada, y ser yo quien la sacrifica! No; no soy yo; es su liviandad, que ha cubierto de polvo los blasones que mis ascendientes grabaron con su sangre en el escudo de mi familia. Son sus torpes deseos, que han arrancado de mis brazos á su hermano para entregarle en los de la muerte... Y luego dirá que es inocente...! Inocente...!

ESCENA III.

DOÑA ISABEL. LA CONDESA.

Doña Isabel entra por la puerta de la izquierda temblando. Se para sin levantar los ojos del suelo.

Con. (*Reparando en su hija.*) (Es esta Isabel, la flor de Granada en otro tiempo, ahora tan marchita... Ah! muy amargo es el padecer!)

Isabel. (*Temblando.*) Me han dicho que me llamábais.

Con. Ven á mis brazos.

Isabel. (*Precipitándose en ellos.*) Madre querida!

Con. Hija mia!

Isabel. Hija mia! hija mia! qué bien suena á mis oidos tan dulce nombre; repetidle, repetidle mil y mil veces! Un año hará mañana que estoy privada de vuestras caricias; año eterno que he contado dia por dia, hora por hora. Si supiérais cuánto he llorado, cuánto he padecido, os compadeceríais de mí.

Con. Sino te compadeciera, te estrecharia en este momento en mis brazos?

Isabel. Pues bien; alejémonos de esta mansion de dolor: no puedo permanecer en ella por mas tiempo; moriria de desesperacion... No sé, pero siento aqui... (*Pónese la mano sobre el corazon.*) un peso que me oprime, como si fuese el recuerdo de una mala accion... y mi corazon no es culpable, no; es puro, es bueno. Estas paredes... Vos sabeis que no tengo vocacion para el claustro; no sería buena religiosa, y me condenaria... Marchemos...! marchemos...!

Con. Estoy pronta á corresponder á tus deseos, con tal que correspondas tú á los mios.

Isabel. Hablad. Qué exigis de mí?

Con. El nombre del que mató á tu hermano.

Isabel. Apiadaos de él, madre mia... Jesucristo perdonó á sus verdugos.

Con. (*Con ironía.*) Y quién te ha dicho que yo no perdone tambien al de mi hijo? (*Doña Isabel se tapa la cara con las manos.—Pausa.*) Nada contestas...? Mira, Isabel, mi felicidad y todos los deseos de mi corazon estan cifrados en tí, en tí sola... Eres mi ídolo... si te pierdo, nada me queda ya en el mundo de cuanto en él amé. La serie de desgracias que he esperimentado han encanecido mis cabellos, y mis miembros empiezan á debilitarse; pronto necesitaré de un apoyo que me sostenga... y negarás á mi vejez los cuidados que prodigué á tu infancia? Responde; tendrás valor de arrebatar á tu madre su última esperanza?

Isabel. (*Con dolor.*) En vuestro semblante leo los sentimientos que vuestra alma abriga; y por mas grandes, por mas sagradas que sean las deudas que con vos tenga contraidas, no puedo satisfacerlas como quereis.

Con. Desgraciada! Son por ventura menos ardientes las lágrimas de tu madre que las caricias de un hombre que te ha deshonrado?

Isabel. Madre mia, os complaceis en desgarrar mi corazon!

Con. Dime el nombre de ese miserable; te lo pido con las lágrimas en los ojos...—Escucha, Isabel; la antigüedad de tu apellido se pierde en la noche del tiempo. Tus abuelos, ilustres por cien combates, levantaron con los cadáveres de los impíos los primeros cimientos de nuestra santa religion. El honor fue su ídolo, puro ha llegado hasta tí de padre á hijo, y tú le has manchado... Hay castigo en el mundo que pueda espiar crimen tan atroz...? Pues yo te le perdono, y te abro cariñosa mis brazos, para que ocultes en ellos tu rubor... Y en cambio no me dejarás á mí el placer de la venganza? no me dejarás aplacar los manes de tu hermano?

Isabel. Madre, yo amo á un hombre que me ha sido destinado por el cielo y por la naturaleza; que ha sabido abrasar mi corazon con todo el fuego del amor, embriagar mi alma con todos los deleites de la esperanza, y que me ha conducido á la cima de la dicha humana, respetando siempre mi virtud. Si vos le conociérais le amaríais, porque es el modelo de su sexo... Pues bien, yo sacrifico su amor á vuestra felicidad, con tal que no me pregunteis su nombre, y que no me aparteis mas de vuestro lado.

Con. Has olvidado que estás hablando á tu madre...? Por la última vez te mando que me nombres al asesino de tu hermano... de lo contrario ya sabes la suerte que te espera.

Isabel. (*Con gravedad.*) Lo que no habeis podido conseguir con súplicas, mal lo conseguireis con amenazas. Ya no me horroriza la idea de verme encerrada dentro de estas paredes... Sentía perder á mi madre... esta ya no la tengo. (*Llora.*)

Con. Tampoco tengo yo hija... Voy á decir á la abadesa que mañana se efectuará tu profesion.—Puesto que tú lo quieres, á Dios para siempre.

(*Vase por la izquierda.*)

ESCENA IV.

DOÑA ISABEL.

Vé, vé, madre cruel, á decretar mi sentencia de muerte. No me aterra la tumba... en ella encontraré el reposo y la felicidad que he perdido, y para mí será un lecho nupcial que el sol dorará con sus rayos, y la primavera esmaltará con sus flores. Yo te sacrificaba el mortal adorado, que todo el poder del infierno no hubiera podido arrebatarme para conservar tu cariño. En nada has estimado mi sacrificio; has antepuesto al amor maternal el tor-

pe deseo de la venganza, y querias que cometiese yo un crimen para perpetrar tú otro... y tal vez le habrás perpetrado ya, y te gozarás en mi desesperacion... Nada he sabido de Gonzalo desde aquella fatal noche, cuyo dia no ha amanecido aun para mí... No puede haberme olvidado... Habrá muerto!

ESCENA V.

DOÑA ISABEL. GERÓNIMO.

Gerónimo entra por la puerta de la derecha.

Gerón. Doña Isabel!

Isabel. Gerónimo...! tú aqui!

Gerón. He venido acompañando á vuestra madre... y cuando os he visto sola me he tomado la libertad de entrar para unir mis súplicas á las suyas... Por qué no condescendeis á sus deseos...?

Isabel. Es imposible. Tendria que cometer una traicion con una persona que amo; y si una traicion no se perdona á un hombre, tampoco se perdona á una muger... Mi partido está tomado. — Dime, dónde está tu sobrina Ines?

Gerón. En el cielo. Murió el mismo dia que salísteis vos para este convento. Sin duda preveía vuestra madre su muerte, porque pocas horas antes la hizo confesar.

Isabel. Ah!

ESCENA VI.

DOÑA ISABEL. GERÓNIMO. ADEL.

Adel, en trage de peregrino, entra por la puerta de la derecha.

Adel. Señora, una limosna á un pobre peregrino que viene á visitar esta santa iglesia.

Isabel. Quisiera socorreros, pero nada poseo... Si el mayordomo de mi madre...

Gerón. Con mucho gusto. Tomad, buen hombre.

(*Da algunos maravedis á Adel.*)

Adel. (*Acercándose á doña Isabel.*) En cambio recibid este relicario bendecido por el Santo Padre. (*Con espresion.*) El que os lo da, desea que leais una oracion que contiene, cuando alguna pena os aflija. En ella encontrareis consuelo. Prometeis hacerlo?

Isabel. Lo prometo.

Adel. (*Con espresion.*) No olvideis vuestra promesa. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DOÑA ISABEL. GERÓNIMO. UNA RELIGIOSA.

Rel. (*Desde la puerta de la izquierda.*) Hermana Isabel, la madre abadesa os llama.

Isabel. Á Dios, Gerónimo; ruega al cielo por tu sobrina y por mí.

(*Vase con la religiosa por la izquierda.*)

Gerón. Infeliz! aun no cuenta diez y siete años, y ya murió para el mundo.

(*Vase por la derecha.*)

ESCENA VIII.

DOÑA ISABEL. LA ABADESA.

La celda de doña Isabel.—Puerta á la izquierda, ventana á la derecha.—Es de noche.

Aba. (*Entrando con Isabel.*) No os abandoneis al dolor, y considerad que en mí teneis otra madre, una amiga... Yo bien sé que las penas que os afligen admiten poco consuelo.

Isabel. Y tan poco...! Mi alma está ya cerrada al pla-

cer, como lo está tambien para mí el porvenir á la esperanza.

Aba. Qué quereis... La autoridad paternal es tan ilimitada en la época en que vivimos, que es preciso someternos á la voluntad del que nos dió el ser, aunque muchas veces se convierta en furor su obstinacion, y en crueldad su orgullo.

Isabel. El rigor que mi madre ha usado conmigo no es lo que mas me aflige, no; me atormenta sin cesar el recuerdo de mi perdido amor, y me horroriza la idea de tener que renunciar á él para siempre... Si al menos supiera la suerte que ha cabido á mi amante...! Es tal mi estado, que la noticia de su muerte tranquilizaria en este momento mi alma.

Aba. Infeliz!

Isabel. Y mi dicha sería completa, porque iría á reunirme con él para nunca mas separarnos... En este mundo ya es imposible!

Aba. Qué decis...! Habeis acaso formado el proyecto de atentar á vuestros dias?

Isabel. No me arredra la muerte, solo el perverso la teme; para el desgraciado es un genio bienhechor que le conduce tranquilamente por la mano al través de los escollos de la vida, le marca el instante de su reposo, le saluda y desaparece.

Aba. Ah! no ofendais al cielo cuando tan necesario os es su auxilio... Pero yo no quiero agravar vuestras penas, sé que no sois capaz de cometer tan horroroso crimen.

Isabel. Es un crimen ir en busca de un bien perdido? Es un crimen precipitarme hácia el sitio que me ha sido destinado?

Aba. El mayor, el único que no admite arrepentimiento, porque el crimen y la muerte se consuman al mismo tiempo. Escuchad, hija mia, vos estais en la aurora del sentimiento; el primer impulso, el primer grito del amor ha herido vuestro

corazon; pero esto no es nada, nada mas que una embriaguez momentánea de los sentidos, un sueño agradable, encantador, que se disipa al despertar.

Isabel. Que se disipa al despertar! (*Con espresion.*) Vos no habeis amado nunca!

Aba. Ah!

Isabel. Sois tambièn desgraciada?

Aba. (*Procurando disimular su turbacion.*) Ya se acerca la hora en que la campana nos llama á la oracion... Necesitais quedaros un momento sola para tranquilizaros. A Dios. (*Vase.*)

ESCENA IX.

DOÑA ISABEL.

Muger virtuosa...! Es como yo desgraciada...! No, no es tanto su dolor... puede disimularle y le ha sobrevivido... Yo... oh! Dios mio, perdonadme, si voy á ofenderos con un pérfido juramento... Mis labios podrán juraros fé eterna, no mi corazon.

(*Oyese el preludio de un laud y una voz que canta la estrofa siguiente:*)

Llora vírgen desolada,
Y al través de fuertes rejas,
Dirige al cielo sus quejas,
Porque á su amante perdió:
Pero suspende su penar
La tierna voz de un amigo,
Y en la oracion del mendigo
Tregua á su dolor halló.

Es él... mi Gonzalo... vive... En la oracion del mendigo... Se me habia olvidado. (*Saca el relicario que Adel le dió, y de él un papel.—Lee.*) "Al cabo de un año de inútiles investigaciones para saber cuál ha sido tu suerte, hoy me ha dicho Adel

que mañana debes pronunciar un voto que abrirá entre los dos un abismo... Te sacrifican... quieren separar dos corazones que antes de nacer destinó el cielo el uno para el otro... No lo conseguirán... Esta noche cuando oigas mi voz al pie de la ventana de tu celda, arroja por ella el cordon que encontrarás en el relicario; yo le ataré una escala de cuerda, y te esperaré para recibirte en mis brazos... Aun podemos ser felices...!" Y lo seremos... Aqui está el cordon. (*Va á la ventana y lo arroja por ella.*) Nada distingo... Es tan negra la noche...! Ah! ya la ató. (*Sube la escalera y la sujeta en la ventana.*) Qué nuevo obstáculo me detiene...? (*Se retira de la ventana como horrorizada.*) Es el temor de ofender á Dios, ó el vértigo que se ha apoderado de mí...? Ah! Gonzalo, debo renunciar á tí; mi mano al estrechar la tuya, se mancharía en la sangre de mi hermano... Horroroso recuerdo que ha venido á destruir toda mi felicidad!

(*Aparece don Gonzalo en la ventana y salta dentro de la celda.*)

ESCENA X.

DON GONZALO. DOÑA ISABEL.

Gon. Isabel!

Isabel. Gonzalo!

(*Se precipitan uno en los brazos del otro.*)

Gon. Es cierto que te estrecho en mis brazos...? Es cierto que nos hemos reunido para no volvernos á separar...? Lloras? ah! tus lágrimas son un rocío voluptuoso que alimenta la sensibilidad y cura las heridas del alma... No perdamos tiempo, ven, Isabel, huyamos.

(*Suena una campana que toca á maitines.*)

Isabel. (*Separándose de los brazos de Gonzalo.*) Oyes esa campana que me llama á la oracion...? Es

la voz del Señor que me recuerda mis deberes... Mi amor está luchando en este momento con mi propia conciencia... El éxito, aunque cruel, no es dudoso... Mañana seré esposa de Cristo.

Gon. Mañana! (*Cogiéndola en sus brazos.*) Y ahora quién será bastante á arrancarte de mis brazos...? Vengan el cielo y el infierno á interponerse entre los dos, y no lograrán separarnos.

Isabel. Quién mejor que yo, Gonzalo, ha de apreciar tu amor; yo, que he agotado mis fuerzas, mi salud, mi vida, en la lucha que he sostenido por espacio de un año para no hacerte traicion...? Pero mi deber me impone la obligacion de quedarme... No nos volveremos á ver... Huye, y deja á la desgraciada que te ha conocido, el cuidado de espiar con las lágrimas y en la soledad la dicha de haber pensado en tí.

Gon. Y he de perderte...! idea horrorosa, insoportable... Pero no, solo se puede perder lo que se posee, y tu corazon no me pertenece.

Isabel. Ingrato! Cuándo ha merecido mi amor que le correspondas con esa frialdad?

Gon. Pues bien, si todavía me amas, sé otra vez mi Isabel; tal como el dia en que tus ardientes labios balbucieron por la vez primera el nombre de Gonzalo. — Cuántas delicias encerraba aquel momento! — Siglos enteros hubieran pasado para nosotros con la velocidad que pasa una mañana de primavera.

Isabel. Qué feliz era yo entonces!

Gon. Y lo seremos ahora tambien. Sígueme á Francia. Será por ventura menos apasionado mi corazon, menos dulce, menos penetrante tu mirada en las márgenes del Sena, que en las riberas del Genil? Alli donde sea amado de Isabel, alli es mi patria, y las huellas de tus pasos grabadas en la movediza arena de los desiertos, serian á mis ojos mucho mas interesantes que el palacio suntuoso

que decora el lugar de tu nacimiento. En todas partes veremos salir y ocultarse el sol con el mismo brillo, con la misma magestad. Alli velará Dios sobre nosotros, y nosotros le adoraremos como aqui. Yo me colocaré entre tí y el destino; las heridas que te reserve, yo las recibiré; los placeres que te destine, los recibiré yo tambien para llevártelos en la copa del amor. (*La abraza.*) Entrelazada en mis brazos, apoyada contra mi seno, atravesará alegremente mi Isabel el jardin de la vida. Mas bella que la recibí la volveré á la naturaleza; y el cielo mismo, admirando nuestra union, convendrá en que solo el amor puede dar la última mano á la perfeccion de su obra.

Isabel. Calla, calla; déjame. Tú no sabes que esas esperanzas... demasiado ilusorias, son otras tantas furias que se unen á mi corazon para desgarrarle. — Si yo accediese á tus instancias, huiriamos cargados con la maldicion de mi madre, maldicion que aterra al criminal, y que le hace temblar hasta en las gradas del mismo cadalso; maldicion, en fin, que, semejante á un espectro espantoso, se uniria á nuestros pasos, y nos persiguiria de comarca en comarca. No, Gonzalo, si para poseerte he de cometer un crimen, tengo aun bastante valor para perderte, y morir despues.

Gon. Pues bien... que la misma suerte nos una, y sea eterna esta reunion.

Isabel. Huye... Siento pasos... Vienen á buscarme sin duda...

Gon. Mi resolucion está tomada.

(*Va á la puerta y la cierra*).

Isabel. Qué haces?

Gon. Darte tiempo para que elijas entre seguirme, ó verme morir á tus pies.

Aba. (*Llamando á la puerta.*) Hermana Isabel... la hora de la oracion es llegada... Abrid.

Gon. Decídete...

Aba. (*Dentro.*) Abrid.

Isabel. Huye, por piedad.

Gon. Nunca sin tí...

Isabel. (*Con resolucion.*) Tuya soy... Dios mio, perdonadme.

Gon. Marchemos.

(*Se dirigen á la ventana.*)

Aba. Abrid, abrid.

(*Se repiten los golpes á la puerta.*)

ACTO CUARTO.

Salon en el palacio de Valmorado. Puerta en el foro, dos laterales.

ESCENA PRIMERA.

LA CONDESA. GERÓNIMO.

Con. (*Desde la puerta.*) Di á mi hija que la espero en esta sala. (*Entrando, á Gerónimo.*) Has ejecutado mis órdenes?

Gerón. Todo está dispuesto en esa habitacion. (*Señalando la puerta de la izquierda.*)

Con. (*Señalando la de la derecha.*) Y en aquella?

Gerón. Espera ya el sacerdote que habeis mandado llamar.

Con. Está bien.

Gerón. Sino temiese cometer una indiscrecion, me atreveria á preguntaros para qué son todos esos preparativos.

Con. No tardarás en saberlo.

Gerón. Pero vuestra hija...

Con. No corre ningun peligro... Ella viene. Baja al momento á los subterráneos, y conduce á mi presencia al capitan.

(*Vase Gerónimo, y al llegar á la puerta se detiene para que entre doña Isabel.*)

ESCENA II.

LA CONDESA. DOÑA ISABEL.

Doña Isabel se queda un momento en el foro cabizbaja.

Con. Acércate, hija mia. Tengo que darte una noticia que te sorprenderá agradablemente.

Isabel. (*Despues de haberla mirado algun tiempo en silencio.*) Madre mia! (*Se acerca á ella, y con timidez y sensibilidad la coge la mano.*) Madre mia! (*Se precipita á sus pies.*) Madre mia!

Con. Levántate. Qué significa esa emocion...? Tu mano está abrasando.

Isabel. (*Con transporte.*) Perdonadme mi ingratitud. He abusado de vuestras bondades, rechazado vuestro cariño maternal... Ah! Dadme vuestra bendicion.

Con. (*Con ternura afectada.*) Sí, hija mia, mi bendicion y mis brazos.

Isabel. (*Con el mayor dolor.*) Y Gonzalo!

Con. (*Con la misma afectacion.*) Es un jóven apreciable.

Isabel. (*Sorprendida se levanta y se apodera de la mano de su madre.*) Qué decis?

Con. Que ahora que le conozco soy la primera en hacer justicia á sus virtudes, y que merece toda mi estimacion.

Isabel. (*Con entusiasmo.*) No es verdad que no se le puede ver sin amarle?

Con. Es digno de ser mi hijo. Sus virtudes valen tanto como una genealogía entera, y su gallarda presencia bien equivale á una gran fortuna. Ya ves que inmolo mis principios á tu amor.

Isa. (*Viendo á don Gonzalo con Gerónimo en la puerta del foro.*) Él es.

ESCENA III.

LA CONDESA. DOÑA ISABEL. DON GONZALO. GERÓNIMO *en el foro.*

Gon. (Isabel!)

Con. Acercaos, capitan, á recibir de mi mano la de mi hija.

Gon. Señora, la desgracia tiene un derecho á que no se la insulte.

Isabel. (*A don Gonzalo.*) (Gonzalo!)

Con. (No sé cómo puedo dominarme!) (*Con mucha afectacion.*) Pues qué, no amais á Isabel?

Gon. Si la amo...! y vos me lo preguntais?

Con. En ese caso los votos de vuestro corazon deben dirigirse á ver premiado vuestro amor.

Gon. Dios sabe que nunca formé otros, pero...

Con. Qué?

Gon. Nada! Si quereis mi vida tomadla, y no os goceis en mi agonía.

Con. Solo quiero que hagais feliz á mi hija.

Gon. (*Dirigiéndose á doña Isabel.*) Será posible?

Isabel. Sí, Gonzalo; mi generosa madre nos perdona.

Gon. (*Arrodillándose delante de la condesa.*) Ah! señora, cómo podré yo corresponder...

Con. (*Con imperio.*) Levantaos. (*Dominándose de pronto.*) No hay que perder tiempo; el sacerdote hace ya rato que os está esperando para recibir vuestros juramentos.

(*Empujándolos hácia la puerta de la derecha.*)

Isabel. (Vírgen Santa, al fin te has compadecido de la que nunca te ofendió!)

Gon. (Mucho temo que la muerte ahogue con un abrazo tanta felicidad!)

(*Llegan á la puerta de la derecha, la condesa la empuja y la abre.*)

Con. Entrad.

Gon. (*Parándose para que entre la condesa.*) Permitid...

Con. Un asunto indispensable no me permite asistir á la ceremonia; luego que se termine nos reuniremos en esta sala. (*Isabel y Gonzalo entran en la capilla. La puerta se cierra. La condesa se retira y repara en Gerónimo, que permanece en la puerta del foro.*)

ESCENA IV.

LA CONDESA. GERÓNIMO.

Con. Qué haces aqui?

Gerón. Ese maldito moro de quien nos apoderamos anoche... el que protegia la fuga de...

Con. Sí, Adel...

Gerón. Al pasar por el calabozo en que está encerrado me suplicó os dijese que tenia que revelaros un secreto interesante, del que tal vez dependa vuestra salvacion eterna.

Con. Qué podrá decirme ese hombre? Será alguna estratagema para ver si puede escapar al castigo que le espera... Quiero oirle sin embargo... Vé á buscarle. (*Váse Gerónimo.*)

ESCENA V.

LA CONDESA.

Gracias te doy, Dios mio, por haberme hecho conocer al asesino de mi hijo y seductor de su hermana; gracias te doy por haberme inspirado el modo de vengar al uno, poniendo al mismo tiempo á cubierto la honra de la otra! — Pronto terminará la ceremonia y empezará otra, si no tan tranquila, no menos sagrada...! Mi dicha sería completa si conociese tambien al que me arrebató á mi esposo y á mi otro hijo querido... Infelices! para vosotros

no hay indemnizacion... Perdonadme... Desde los altos cielos en que morais, habreis visto los esfuerzos que he hecho para descubrir al que clavó en vuestros corazones el puñal homicida... Dios no lo ha querido, sometámonos á su voluntad!

ESCENA VI.

LA CONDESA. ADEL. GERÓNIMO.

Adel entra muy acabado, y apenas puede andar.

Gerón. Señora, ahí teneis á ese miserable.
(*Movimiento de Adel.*)
Con. (*Dirigiéndose á Adel.*) Qué me quereis?
Adel. (*Con voz apagada.*) Solo á vos debo decirlo.
Con. (*A Gerónimo.*) Retírate.
Gerón. (*Asustado.*) Pero...
Adel. Que os retireis os ha dicho vuestra ama.
Con. Obedece. (*Vase Gerónimo. — Pausa. — A Adel.*) Hablad.
Adel. Antes me permitireis que me siente. Me tiene muy debilitado la sangre que anoche perdí, de resultas de las heridas que vuestros criados me hicieron. (*Se sienta. — Pausa.*) Prestadme atencion. — Hace treinta años, reinaba entonces el católico rey Felipe II, que vivian en Granada dos familias á cual mas poderosa, á cual mas respetable. Una musulmana y un descendiente de los antiguos reyes de este pais; Aliatar el Zegrí era su gefe; la otra profesaba la religion de Cristo, y tenia por gefe á don Juan de Valmorado. (*La condesa se estremece.*) Sí... don Juan de Valmorado.
Con. Proseguid.
Adel. Aliatar poseía inmensos bienes en Andalucía, y un palacio en la plaza de Viva-Rambla. Tenia tres hijos, que eran su orgullo, su esperanza, en fin, era feliz; y descansando en la fé de los tratados iba to-

das las tardes á la mezquita santa á dar gracias á su dios, cuando el conde Juan de Valmorado fue nombrado gobernador de Granada. Desde aquella época desapareció la felicidad para Aliatar. Acusado por el nuevo gobernador de seguir correspondencia con los moros de Africa, fue encerrado en un oscuro calabozo; y cuando á los tres años se le puso en libertad por no existir pruebas snficientes para sentenciarle, no encontró en su palacio ni á su muger, ni á sus hijos. Habíanse instalado en él huéspedes estrangeros, huéspedes inhumanos que le hicieron arrojar á palos por sus criados, y cuando llegó al pie de la escalera y levantó los ojos al cielo para implorar misericordia, vió el escudo de los condes de Valmorado colocado encima de la puerta principal. Qué decis á esto, señora? No es verdad que Aliatar era muy digno de compasion? (*Pausa corta.—La condesa hace un movimiento de impaciencia.*) Me queda todavía algo que decir. Aliatar hasta ahora solo habia probado la copa de la amargura que debia apurar gota á gota. Arrojado de su propia casa, recorrió como un insensato todas las calles de la ciudad de Granada y los campos que le rodean, preguntando á cuantos encontraba: dónde está mi muger, donde estan mis hijos? (*Pausa.*) Al cabo de un mes de contínuas pesquisas encontró á su hijo mayor y á su hija guardando un rebaño en las márgenes del Genil, en unas tierras que le habian pertenecido. Los dos estaban cubiertos de andrajos, y se arrojaron á sus pies diciéndole: "Padre mio, somos esclavos del conde Juan de Valmorado." Pero y vuestra madre, y vuestro tierno hermano! les preguntó Aliatar con voz sofocada por el dolor, qué ha sido de ellos? A nuestra madre, contestaron ambos, la sacrificaron bárbaramente, despues de haberle arrebatado á nuestro hermanito, que estaba colgado de su seno, y seguramente no le habrá sobrevivido. Aliatar no

articuló palabra, y despues de haber hecho seña á sus dos hijos que le siguiesen, se precipitó en el Genil.—Algunos años despues Aliatar vivia tranquilo con sus dos hijos, bajo un nombre supuesto, en una choza aislada en los confines de Sierra-Morena; el insensato se lisonjeaba con la esperanza de haber escapado para siempre al furor de un enemigo á quien nunca habia ofendido, cuando el eco de las montañas repitió la noticia que el rey Felipe III acababa de publicar un edicto, en el que mandaba salir del territorio español á todos los moros, sin distincion de clases, en el corto espacio de tres dias. Aliatar habia ya entrado en la vejez; proscripto, despojado de sus bienes, amaba sin embargo la hermosa Andalucía, que le vió nacer, y donde reposaban los huesos de sus padres. No tuvo bastante valor para huir, y prefirió ocultarse en los montes, creyendo que el edicto no se ejecutaria en todo su rigor. Un dia descubrieron su retiro algunos soldados españoles; su hijo fue despedazado á su propia vista, y su hija, despues de haber sufrido el último ultrage, fue arrojada al Genil con una piedra atada al cuello. El gefe que mandaba aquellos soldados, y que permaneció sordo á las súplicas y á las lágrimas de un padre que imploraba el perdon de sus hijos, se llamaba el conde Juan de Valmorado.

(*Cae abrumado de dolor en los brazos del sillon.*)

Con. Y Aliatar! Qué ha sido de Aliatar?

Adel. (*Incorporándose.*) Señora! Señora! Vos no me habeis mirado á la cara!

Con. Ah! (*Quiere retirarse.*)

Adel. (*Levantándose y agarrándola del brazo.*) Oh! no marchareis sin acabarme de oir. Miradme; mi fin está próximo, y quiero revelaros todos mis secretos... Cuantas desgracias habeis esperimentado me las debeis á mí, á mí, que, gracias á una abjuracion falsa, he sobrevivido como por encanto á

toda mi familia, á toda una nacion, para vengar á ambas en la casa de Valmorado. Si vuestras mieses han sido incendiadas y destruidos vuestros rebaños, yo he hecho uno y otro; si vuestra hija ha sido seducida, y manchado vuestro nombre, si vuestro hijo ha sucumbido en un desafio, yo soy quien ha conducido la mano del que le dió muerte. Y ahora que sabeis que don Gonzalo no ha tenido en esto mas parte que la de ser el instrumento ciego de mi venganza, es seguro que no querreis que muera.

Con. (*Con furor.*) Él y tú.

Adel. (*Con frialdad.*) No lo querreis... yo os lo digo.

Con. Por qué?

Adel. Porque recordareis que una noche cuando las llamas devoraban vuestro palacio, desapareció de él un niño, que era vuestro hijo, este hijo que habeis creido muerto, yo fuí quien le arrebató; le confié á una muger que se llamaba María, y que habitaba una choza al pie de las Alpujarras, y este hijo vive todavía, y es el mismo que ha muerto á su hermano y deshonrado á su hermana. (*La fisonomía de la condesa se va animando por momentos.*) Y si ahora imploro misericordia por él, es porque anoche pudo salvarse cuando cayó en poder de vuestros criados, y no lo hizo por defender mi vida, porque su corazon no participa de la perversidad del de su padre. Y asi como quiero vengar el crimen, quiero tambien recompensar la virtud. Las desgracias me han hecho severo, pero no injusto.

Con. (*Con alegria feroz.*) Has acabado? (*Se dirige á la puerta de la izquierda, la abre, y se ve un tajo, y al verdugo con la cuchilla en la mano.*) Mira la suerte que á los dos os espera; la ves...? Mírala. (*Suelta la puerta, y ésta se cierra de golpe.*) Ahora te toca á tí escucharme. (*Se sienta en el mismo sillon que Adel ocupó.*) Cuando el conde Juan de Valmorado se estableció en este palacio, habitaba en él la esposa de Aliatar con sus hijos. Uno de

ESCENA X.

LA CONDESA. GERÓNIMO. VARIOS CRIADOS *con hachas.*

Gerón. Ya estamos aqui.

Gon. Ah...! pronto, caiga esta puerta. (*Los criados se acercan á la puerta, uno de ellos le da un hachazo, y esta se abre de par en par. Se ve á Adel tendido en el suelo sumamente agitado.*)

ESCENA XI.

LA CONDESA. ADEL. GERÓNIMO. CRIADOS.

Con. (*Precipitándose á la puerta.*) Isabel, hija mia...!

Adel. (*Arrastrándose llega al umbral de la puerta. Incorporándose con el mayor trabajo.*) La llamais en vano... no puede oiros... He sido mas humano que vos, y le he proporcionado la fuga con mi hijo por una salida secreta que yo mismo hice construir en tiempo mas feliz... No he podido acompañarlos... porque las fuerzas me faltan...

Con. (*Á los criados.*) Arrastrad ese hombre al suplicio... su presencia me horroriza.

(*Los criados se disponen á ejecutar las órdenes de su señora.*)

Adel. Ah! no os acerqueis... Muero...! pero muero feliz con el consuelo de haber encontrado á un hijo... que algun dia... aliviará con sus lágrimas... el peso de la losa... que cubra mi sepulcro... Vos vivireis... pero vivireis muriendo... porque... la desesperacion... los... remor...dimien...tos... Estoy... ven...ga...do...!

(*Muere.*)

FIN DEL DRAMA.

LIBRARY OF CONGRESS
0 022 011 985 3

En la librería de ESCAMILLA *y en la de* CUESTA *se encuentran las nuevas publicaciones siguientes:*

Coleccion de novelas históricas originales españolas: 29 tomos, á 8 rs. cada uno en rústica y á 10 en pasta.

Fígaro, coleccion de artículos dramáticos, literarios, políticos y de costumbres, por don Mariano José de Larra: 5 tomos, su precio á 70 rs. en rústica y 80 en pasta.

Coleccion de comedias del teatro moderno: cuyos títulos espresan los catálogos que se darán en las indicadas librerías á los sugetos que gusten adquirirlos.

Derecho Real de España por Alvarez: 2 tomos en 4.°

Sátiras de varios autores.

Poesías de don José Zorrilla.